
EL ESTUDIO DE LA MORALIDAD
HUMANA COMO EJEMPLO
DE LA NECESIDAD DE INTERACCIÓN
ENTRE LA FILOSOFÍA
Y LAS CIENCIAS DE LA VIDA

LAUREANO CASTRO NOGUEIRA
MIGUEL ÁNGEL CASTRO NOGUEIRA

Ludus Vitalis surgió hace veinticinco años como una publicación que defiende un abordaje interdisciplinar del fenómeno vital. Parece tan incuestionable la necesidad de introducir la mirada filosófica en el quehacer científico acerca de la vida, como la de estudiar el comportamiento, la cultura y las sociedades humanas pensando desde y con las ciencias de la vida. En este comentario queremos utilizar el estudio del comportamiento moral humano como un ejemplo paradigmático de esa necesidad de interdependencia entre el ámbito humanístico y el científico. En concreto, la pregunta relevante sería: ¿qué papel deben desempeñar la filosofía y la biología evolutiva en el análisis de la moralidad? Comencemos por la primera.

La filosofía moral, una disciplina nacida en los albores de la tradición filosófica occidental, se encuentra lejos de haber elaborado un marco teórico unificado acerca de la moralidad humana. Más bien al contrario, la filosofía moral se presenta como un mosaico de perspectivas parciales, cada una de las cuales enfatiza alguna dimensión del fenómeno, reivindicando para ella toda la atención. Todas esas aproximaciones, desde los debates platónicos entre realistas y convencionalistas hasta el giro lingüístico operado en la última centuria, pasando por las polémicas entre cognitivistas y no cognitivistas, expresivistas, emotivistas, prescriptivistas, naturalistas, relativistas y objetivistas, consiguen cierta plausibilidad en sus argumentos, de suerte que, cuando sus razones son echadas por la puerta, parecen volver a entrar por la ventana.

En nuestra opinión, la razón de fondo de esta perplejidad se halla en que el objeto de tales disputas, es decir, la moralidad como universal antropológico, es un constructo cuyo referente es múltiple e irreductible, un agregado de comportamientos, experiencias, racionalidades, representaciones e instituciones sociales cuyos orígenes se encuentran en procesos y dimensiones heterogéneas de la naturaleza humana y la vida social.

Este fragmentario panorama, sin embargo, permite a la filosofía moral trasladar a las ciencias de la vida algunas consideraciones muy útiles para operar sus modelos explicativos. En primer lugar, dado que tras el término *moralidad* se esconde un conjunto de fenómenos heterogéneo, se debe evitar una identificación unívoca entre moralidad y altruismo o cualesquiera otros fenómenos como la cooperación, los sentimientos morales, la conciencia íntima del deber o las normas sociales. La moralidad es y no es, al mismo tiempo, todos y cada uno de ellos. Esos fenómenos son parte de su naturaleza y reclaman una articulación científica convincente.

En segundo lugar, esa misma complejidad exige conjugar de forma plausible las dimensiones cognitiva, expresiva, emocional y prescriptiva que acompañan toda acto y experiencia susceptibles de consideración moral. Las indagaciones filosóficas metaéticas, que exploran estos aspectos, apuntan a la recurrente superposición de todas estas dimensiones en cada acto moral. Afortunadamente, la resistencia de lo moral a ser reducido filosóficamente a un único eje o perspectiva puede encontrar un acomodo esperanzador en la interpretación biológica evolucionista inaugurada por Darwin. La biología evolutiva está acostumbrada a lidiar con agregados orgánicos y funcionales heterogéneos que poseen historias filogenéticas independientes y que, sólo por mor del azar y la necesidad, convergen contingentemente en un determinado momento. El fenómeno moral encaja paradigmáticamente con esa clase de productos típicos del reciclaje evolutivo. Dicho en los términos que popularizó François Jacob (1977), la selección natural obra extraordinarias chapuzas que se resisten a una interpretación lineal y racionalista.

Por último, la filosofía moral urge a las ciencias de la vida a definir un programa mínimo de trabajo en el que resulta especialmente interesante encontrar las raíces psicobiológicas, cognitivas y filogenéticas de los siguientes rasgos de la moralidad:

—La pretensión de realidad con la que se experimentan las convicciones morales sin asumir por ello ninguna otra ontología que la que se deriva del materialismo naturalista.

—La arquitectura cognitiva que combina el aprendizaje cultural de los códigos morales con la más que probable existencia de ciertas intuiciones o disposiciones espontáneas, a menudo contradictorias (equidad y nepotismo, igualdad y tribalismo, etc.).

—El papel de las emociones sociales en la formación de la certeza subjetiva y la veracidad que experimenta el sujeto moral cuando actúa de acuerdo con *su conciencia*.

—Las dimensiones prescriptiva y performativa del juicio moral como expresión de la singular necesidad humana de categorizar y corregir la conducta de los otros más allá de las formas elementales de castigo o dominancia que observamos en otras especies (por ejemplo, en primates).

—La percepción de asimetrías valorativas en la realidad como forma extendida y conceptualizada del trabajo del sistema límbico, un fenómeno primigenio del que derivan, en última instancia, cualesquiera otras formas de preferencia (morales, estéticas, sociales, etc.).

Centremos ahora nuestra mirada en el campo de la ciencia. ¿Es posible elaborar una explicación evolucionista que dé cuenta del comportamiento moral humano? Darwin pensaba que sí. Concebía nuestra disposición moral como una adaptación, un instinto social cuya evolución ha estado dirigida por procesos de selección de grupo que favorecen el desarrollo de disposiciones para actuar en pro del bien común. Desde entonces, los intentos de explicar la evolución de la moralidad han sido numerosos (véase, por ejemplo, Alexander 1987; De Waal 2006; Ayala 2010; Tomasello 2016).

De entre todos ellos, el modelo de Tomasello (2016) para explicar la evolución de la moralidad humana es quizás el más reciente, completo y sugerente. Considera que en los humanos existen tres niveles de comportamiento moral: el primero de ellos, la moralidad de la simpatía, presente también en otros primates; los otros dos, la moralidad de la equidad y la moralidad de la justicia, son exclusivos de nuestra especie. Los primates más próximos a nosotros, chimpancés y bonobos, además de cuidar y alimentar a sus hijos, muestran sentimientos de simpatía hacia otros miembros del grupo, lo que les lleva a prestar ayuda a parientes y allegados. Esta conducta se puede considerar la raíz filogenética de la moralidad de la simpatía humana. El camino hacia la moralidad en nuestra especie necesitó dos etapas posteriores. Tomasello argumenta que hace unos 400 mil años, en un escenario ecológico que propiciaba la caza cooperativa en parejas, se produjo el desarrollo de una estrategia cooperativa que asumió la necesidad de interdependencia con aquel individuo con el que se cooperaba. Cada uno tenía su papel en la colaboración y ambos eran conscientes de que solos, sin la colaboración del otro, no obtendrían éxito, y sustituyeron el yo y el tú individual por un nosotros conjunto. Los individuos podían escoger con quién interactuaban de manera cooperativa. Como consecuencia, cada individuo podía evaluar a su potencial colaborador y, al tiempo, se sabía evaluado por el otro. Para Tomasello, esta autorregulación de la cooperación en parejas hizo posible la aparición de la moralidad de la equidad, el segundo nivel moral de nuestra especie.

El siguiente y definitivo paso fue la transformación de esa moralidad dirigida sólo hacia el socio colaborador en otra dirigida al grupo social en el que se desenvuelve el individuo. Ese nivel de compromiso moral ampliado, basado en una "intencionalidad colectiva", se consiguió hace unos 150 mil años, cuando los grupos de humanos modernos se hicieron más grandes y se estructuraron en tribus con culturas diferentes que competían por los recursos disponibles. Esto impulsó un sentimiento de simpatía y lealtad hacia los miembros del grupo propio y, al tiempo, un distanciamiento hacia los de otros grupos y una tendencia a asumir como propias las normas colectivas presentes en su cultura. A la moralidad de la equidad le acompañó la moralidad de la justicia, una moral percibida como objetiva, de tercera persona, igual y compartida por todos los miembros del grupo.

En nuestra opinión, el camino propuesto por Tomasello para explicar la moralidad humana debería completarse con la toma en consideración de una etapa adicional que introdujo lo que denominamos la moralidad *sua-*

dens, del latín *suadeo*, valorar, aprobar, aconsejar (Castro, et al., 2016). Nuestra propuesta sugiere que la evolución humana ha estado marcada por el desarrollo en nuestros antepasados homínidos, durante la consolidación de la cultura lítica achelense, de la capacidad de orientar el aprendizaje de los hijos mediante señales de aprobación/reprobación hacia la conducta que desarrollan (Castro y Toro, 2004). Esta forma de comunicación valorativa permitió transmitir de padres a hijos la experiencia acumulada por los primeros, tanto sobre qué conductas deben aprender, como sobre el modo de replicar con fidelidad lo que aprenden. Lo primero facilitó el control de la conducta de los hijos, algo imprescindible a medida que el incremento cerebral homínido se acompañó de un mayor periodo ontogénico. Lo segundo favoreció el desarrollo de la cultura acumulativa, clave del éxito ecológico humano, al incrementar la capacidad de replicar con corrección las conductas. La psicología *suadens* requiere que los individuos sean capaces de evaluar la conducta ajena en términos de adecuada o inadecuada, de correcta o incorrecta, lo que sienta las bases de la moralidad *suadens*. Nuestra tesis es que los homínidos provistos de esta psicología *suadens* estaban en condiciones óptimas para desarrollar los dos niveles de moralidad (equidad y justicia) propuestos por Tomasello.

Confiemos que, en los próximos años, una estrecha combinación de investigación científica y reflexión filosófica pueda desentrañar las forzadas y contradictorias articulaciones de esa fascinante obra de bricolaje que es la vida moral.

REFERENCIAS

- Alexander, R.D. (1987), *The Biology of Moral Systems*. NY: Aldine de Gruyter
- Ayala, F. J. (2010), "The difference of being human: Morality". *Proceedings of the National Academy of Sciences, USA* 107 (Suppl 2): 9015–9022.
- Castro, L., y Toro, M.A. (2004), "The evolution of culture: from primate social learning to human culture". *Proceedings of the National Academy of Sciences, USA* 101: 10235-10240.
- Castro Nogueira, L., Castro Nogueira, L. y Castro Nogueira, M.A. (2016), *¿Quién teme a la naturaleza humana? Homo suadens y el bienestar en la cultura*. Madrid: Tecnos, 2a edición.
- De Waal, F. (2007), *Primates y filósofos. La evolución de la moral del simio al hombre*. Barcelona: Ediciones Paidós.
- Jacob, F. (1977), "Evolution and tinkering". *Science* 196 (4295), 1161-1166.
- Tomasello, M. (2016), *A Natural History of Human Morality*. Cambridge, Mass.: Harvard University Press, Cambridge.